

Conducidos por el Espíritu

(Gal 5, 25)

Hoy celebramos con alegría el amor de Dios, manifestado plenamente en la donación de su Espíritu. Pentecostés es el acontecimiento de nuestra incorporación a la vida y al proyecto de Dios, realizado en Cristo resucitado.

El Espíritu Santo es la vida del Padre, comunicada a Jesús y manifestada en él.

1. El Espíritu como acontecimiento y don de Jesús para la comunidad.

Nazaret era una pequeña aldea de Galilea mirando, como un anfiteatro, al valle de Esdrelón, a una altura de 375 metros. En un espacio de unos 200 metros aún hoy podemos admirar las grutas dotadas de cisternas, silos, molinos y hornos de fundición, excavadas y conservadas bajo la cripta de la basílica de la Anunciación. Fue en Nazaret donde Dios pidió consentimiento a María para iniciar en ella el gran acontecimiento.

Por el Espíritu, Jesús fue concebido en el seno virginal de María. El Espíritu Santo vino sobre ella y la cubrió con su sombra como la nube, signo de la presencia de Dios, cubrió el arca de la alianza (Ex 40, 34-38) y el templo de Salomón (2Cr 5, 13s). María es así invadida y poseída por el Espíritu de Dios.

Esta acción del Espíritu en María en un anticipo de cuanto hoy celebramos en la comunidad de Jesús, invadida y poseída por el Espíritu de Dios, enviado por el Resucitado.

El río Jordán desciende desde el lago de Genesaret hacia el Mar Muerto, excavando el valle. Su caudal va formando meandros, encajonado entre dos mesetas. Desde Nazaret, Jesús dirige sus pasos al sureste, hacia el desierto de Judea, siguiendo el cauce del río. Se adentra en los desfiladeros solitarios descendiendo hacia Jericó. Atravesando el río, Jesús se acerca a la otra orilla junto a la Betania transjordánica (Bethábara). Silencioso y humilde, se pone a la cola de los que esperan ser bautizados por Juan.

Al surgir Jesús de las aguas del Jordán, el Espíritu desciende sobre él y la voz del Padre nos desvela la identidad de Jesús. Él es el "Hijo amado" (Mc 1,11). El Hijo amado que se pone en camino para realizar la misión recibida. El Hijo amado en quien se revelarán el rostro y el amor del Padre.

A partir del bautismo, el Espíritu sigue despertando en la comunidad la fe vivida y testimoniada en la resurrección del Señor, acontecimiento en que quedan definitivamente abiertos los cielos (Mc 1,10). Hoy la comunidad es bautizada en el Espíritu, pasando del desierto estéril a las aguas fecundas del Jordán.

Después del bautismo Jesús, atravesando de nuevo el río, se dirige cerca de Jericó. Abandonado el oasis, se dirige hacia el acantilado del monte Qarandal. Ascendiendo a su altura, busca en una de sus escarpadas grutas refugio y soledad para su retiro en el desierto.

El Espíritu lleva a Jesús al desierto para ser tentado. La tentación de Jesús no es otra cosa que un discernimiento profundo de su misión en el mundo.



Discernimiento supremo, realizado por Jesús en el Espíritu, rechazando todo proyecto humano que no se fundamente en la fidelidad amorosa a la voluntad del Padre.

Hoy la comunidad se siente impulsada a vivir en fidelidad al proyecto del Reino. El Espíritu nos despoja de afán de seguridad humana, de poder de dominación y de gozos efímeros.

Atravesando la llanura de Esdrelón, sintiendo Jesús cercana su hora, se dirige hacia Jerusalén. Se detiene a divisar el monte Tabor de 588 metros de altura. Acompañado de Pedro, Santiago y Juan, decide ascender al monte entre las encinas, algarrobos y terebintos. Mientras asciende, resuenan en su corazón las palabras de los profetas (Jer 46, 18; Os 5, 1-2) y el cántico de los salmos que exaltan el simbolismo del monte: *Tú, oh Yahvé, has creado el norte y el sur, el Tabor y el Hermón aclaman tu nombre* (Sal 89, 13). En la planicie de su cumbre, Jesús se entrega a la oración.

El Espíritu manifiesta la gloria de Jesús, transfigurado en el monte Tabor. Brillando su rostro como el sol y relucientes sus vestidos, Jesús aparece como el centro de la historia (Moisés) y de la profecía (Elías). El Espíritu se hace voz que descifra ya el sentido glorioso de la cruz del Señor en el camino hacia Jerusalén.

Hoy la comunidad es desvelada como comunión de hermanos en el Espíritu. El Espíritu es nuestra tienda y la fuerza de nuestro camino para ser testimonio del Señor entre los jóvenes y los pobres.

Cuando Jesús asume la pasión como camino del amor obediente y entregado, cargando con la cruz, atraviesa las angostas calles del Jerusalén. Saliendo de la ciudad por la puerta de Efraín, asciende a la altura de la colina cercana, llamada Gólgota. Desnudo y crucificado, entrega su espíritu al Padre. El velo del templo se rasga, las tinieblas cubren la tierra. La lanza del soldado rompe su costado y se derrama su corazón abierto.

El Espíritu se manifiesta en el corazón abierto del Señor crucificado. El Espíritu brota del cuerpo muerto de Jesús como agua y sangre que nos son dadas para renacer a una nueva vida en el bautismo y en la eucaristía.

Para Juan el corazón abierto de Jesús es el nuevo Pentecostés en el que nace la comunidad como cuerpo nuevo, así como del costado de Adán adormecido nace Eva.

Cerca del Gólgota había canteras y huertos fuera de la muralla. En uno de esos huertos había una tumba nueva, excavada en una roca. Jesús es enterrado en ella, en una estancia pequeña a la derecha de la entrada. La puerta fue cerrada con una piedra rodada. La fuerza de Dios irrumpió en el seno del sepulcro como en el seno de María para comenzar una nueva creación.

El Espíritu es el protagonista de la Pascua: El Padre resucita al Hijo por medio del Espíritu (Rom 8, 11). A través de la resurrección de Jesús, el Espíritu empieza a "estar libre" para el mundo. En la resurrección de Jesús se nos revela y se nos da el Espíritu. Resurrección, Exaltación y Pentecostés son acontecimientos estrechamente unidos.

Cuando el Padre y el Hijo se reúnen definitivamente, el Espíritu es derramado sobre la comunidad. El Espíritu se convierte así, para la comunidad, en la prueba fundamental de la resurrección de Jesús y de su presencia en los hermanos. Éstos son incorporados a la misma vida y al mismo destino de su Señor.

En casa de un amigo, en el piso superior, en una sala grande, donde Jesús había celebrado la cena pascual, el mismo Señor Resucitado se aparece a los suyos mostrándoles sus llagas, dándoles la paz y comunicándoles el Espíritu. En ese mismo lugar los apóstoles, con María y otros discípulos, se reúnen en oración a la espera del Espíritu. El día de Pentecostés, el Espíritu desciende sobre ellos con su fuego y viento huracanado, convirtiéndoles en testigos de Jesús en todo el mundo.

El Espíritu nos hace entender en plenitud la Palabra y los signos del Jesús histórico. Desde el acontecimiento pascual y por la acción del Espíritu, la primitiva comunidad comprendió el significado profundo de la persona y del acontecimiento del Jesús histórico, el valor salvador de sus palabras y de sus signos.

La comunidad actual necesita interiorizar, desde el Espíritu, la Palabra recibida. Interiorizarla desde la comunión eclesial, desde la oración y desde su referencia a la historia.

*Sin el Espíritu Santo,
Dios queda lejos,
Cristo pertenece al pasado,
el Evangelio letra muerta,
la Iglesia una mera organización,
la autoridad un dominio,
la misión una propaganda,
el culto una evocación
y el obrar cristiano una moral de esclavos.*

*Pero con el Espíritu,
el cosmos es exaltado
y gime hasta que dé a luz el Reino,
Cristo resucitado está presente,
el Evangelio es potencia de vida,
la Iglesia comunión trinitaria,
la autoridad servicio liberador,
la misión un nuevo Pentecostés,
el culto memorial y anticipación,
y el obrar humano queda deificado.*

(Mons. Hazim, Metropolitano ortodoxo).

- | |
|---|
| <ul style="list-style-type: none">- Medita el texto- Discierne la vida de la comunidad desde el Espíritu- ¿Cómo puedo enriquecer en el Espíritu a la comunidad?- Oración por los hermanos. |
|---|

2. Símbolos vivificadores del Espíritu

En el Espíritu recibimos la vida de Dios que nos hace hijos adoptivos del Padre en comunión con Cristo. El Espíritu es el don de Dios por excelencia que se manifiesta en múltiples gracias que nos configuran como miembros vivos del Cuerpo, y nos capacitan para vivir en el seguimiento de Jesús.

Estas gracias son dones dinámicos. Crecen y se manifiestan en la medida en que nuestra historia nos solicita a asumir los retos diversos de la fidelidad al proyecto de Jesús.

Para descubrir el preciado valor de los dones del Espíritu, meditamos en el simbolismo de las *figuras del Espíritu* aparecidas en sus manifestaciones originales: **agua, fuego, viento**.

EL AGUA

Así como el desierto es signo del camino de la liberación, el agua es signo de vida. El agua que mana de la roca de Orbe es signo de la presencia y del favor de Dios para con su pueblo (Ex 17, 3-7). Pablo compara esta roca con el mismo Cristo (1Cor 10, 4). El agua que brota es signo del Espíritu.

El agua es signo del amor liberador de Dios que nos purifica de todas nuestras infidelidades, nos concede un corazón nuevo, y nos infunde un Espíritu nuevo (Ez 36, 24-28). Jesús dice a Nicodemo que es preciso renacer de nuevo en el agua y en el Espíritu (Jn 3, 1-6). El don del Espíritu es como un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna (Jn 4, 5-14). Por la acción del Espíritu manarán en nuestras entrañas torrentes de agua viva (Jn 7, 37-39). Como el ciego recupera la vista lavando sus ojos en el agua de Siloé (Jn 9,1-7), así el Espíritu nos da la capacidad para conocer a Jesús.

El agua que brota desde el umbral del templo hacia Levante, comunica la vida a todos los seres vivos. El río que desemboca en el Mar muerto, sana sus aguas recuperándolas para la fecundidad (Ez 47, 1.9-12). Así el Espíritu es fuente de agua viva y no cisterna agrietada (Jr 2,13), agua primaveral que fecunda la tierra (Os 6,3).

El Apocalipsis describe maravillosamente la acción salvadora de Dios sobre nosotros por el Espíritu como "el río de agua de vida", brillante como el cristal, que brota del trono de Dios y del Cordero" (Ap 22,1-2).

Todo este simbolismo del agua viva hace alusión precisa al Espíritu que recibimos en el bautismo. Así podemos leer en el bautisterio de San Juan de Letrán: *"Aquí está la fuente de vida que baña todo el universo: ha brotado de la herida de Cristo"*. En el Pastor de Hermas, uno de los escritos cristianos más antiguos, leemos: *"Los que bajaron muertos al agua, salieron de ella vivos"*.

La **sed, la esterilidad y la muerte** son efectos de la sequía que amenaza nuestras entrañas y nuestro corazón.

- *La **sed** es símbolo de nuestros deseos insatisfechos, de nuestra vida sin sentido profundo. Es también signo de la resaca que nos afecta después de haber bebido aguas estancadas. La sed se acrecienta cuando nos*

dominan los afectos desordenados, los desordenes de los sentidos, las apetencias de poder y de dominación, la avaricia y el excesivo afán de posesión.

La sed es especialmente intensa en tiempos de soledad y de itinerancia, en tiempos de inseguridad y de precariedad, en tiempos de duda y de alejamiento del verdadero amor.

Como la Samaritana deseamos el agua viva que sacie nuestra **sed** definitivamente (Jn 4, 5-14). Esto quiere decir que hemos de buscar en **la Palabra** de Jesús la fuente que sacie nuestros deseos, y los transforme por el amor nuevo y la esperanza del Reino de Dios.

*La **esterilidad** afecta a nuestras entrañas como a las aguas de Mar Muerto. La esterilidad es símbolo de las situaciones que encierran nuestro corazón en el egoísmo y en el aislamiento. Cerrados a la relación con Dios, nos negamos a relaciones de solidaridad y de amor hacia los hermanos. Orientamos nuestros afanes y actividades a conseguir bienestar y seguridad personales. Huimos de la comunicación y de la celebración comunitarias. Negamos poner nuestros recursos al servicio de los pobres, y sumimos nuestros deseos en la holganza y en la vanidad.*

Como el profeta Elías huiremos de la sequía y de su **esterilidad** refugiándonos cerca del torrente de Querit, al este del Jordán (1Re 17, 2-6), o subiremos al monte Carmelo a contemplar el mar para atisbar la lluvia próxima (1Re 18, 41-46). Esto quiere decir que hemos de buscar en la **oración** el torrente y la lluvia del Espíritu.

- *La **muerte** es el fruto último de la esterilidad. Estamos muertos cuando nuestra vida no está iluminada por un proyecto que nos trasciende, cuando nuestro camino no tiene ni meta ni esperanza, cuando nuestro corazón no se asienta en un amor permanente y fiel. Entonces el corazón es como un erial, terreno baldío donde los cardos y las piedras ocupan el lugar de los abundantes frutos de la vida.*

Como el profeta Ezequiel desearemos que el Señor transforme nuestro corazón de piedra (signo de la **muerte**) en un corazón de carne (Ez 36, 24-28). Para ello beberemos del agua que brota del templo, y navegaremos por sus corrientes. Esto quiere decir que hemos de vivir con intensidad la vida personal y comunitaria que brota de los **sacramentos** en los que se nos comunica el Espíritu.

*Y sacaremos con gozo
del manantial de la vida
las aguas que dan al hombre
la fuerza que resucita.*

- | |
|--|
| <ul style="list-style-type: none">▪ <i>Meditación del texto</i>▪ <i>Oración con los textos bíblicos</i>▪ <i>Deseo y petición del agua del Espíritu</i> |
|--|

EL FUEGO

El fuego significa la energía transformadora del Espíritu Santo.

El profeta Elías que "surgió como el fuego y cuya palabra abrasaba como antorcha" (Si 48,1), con su oración atrajo el fuego del cielo sobre el sacrificio del monte Carmelo (1Re 18, 38-39). Este fuego es figura del fuego del Espíritu Santo que transforma lo que toca.

Juan Bautista, "que precede a Jesús con el espíritu y el poder de Elías" (Lc 1, 17), anuncia al Señor como aquel que "bautizará en el fuego del Espíritu Santo" (Lc 3, 16).

Jesús nos dice: "He venido a traer fuego a la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviese encendido!" (Lc 12, 49).

Bajo la forma de lenguas "como de fuego", el Espíritu se posó sobre los discípulos la mañana de Pentecostés y los llenó de él (Hch 2,3-4).

Pablo nos recomienda: "No extingáis el Espíritu" (1Te 5,19).

La tradición espiritual conservará este simbolismo del fuego como uno de los más expresivos de la acción del Espíritu Santo. San Juan de la Cruz así lo expresa:

"Oh llama de amor viva

*que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro,
pues ya no eres esquiva
acaba ya, si quieres;
rompe la tela de este dulce encuentro...".*

El fuego ejerce tres funciones transformadoras: **purificar, iluminar y calentar**.

*Sentimos la necesidad de **ser purificados** de las pulsiones de nuestros sentidos porque con frecuencia sus deseos y tendencias nos arrastran hacia criterios y acciones contrarios al proyecto de entrega amorosa en el Reino. La sociedad dominante tiende a paralizarnos en la búsqueda de los caminos de la vida nueva según el Evangelio.*

El Espíritu Santo es fuego que nos purifica de nuestras apetencias de pecado: soberbia, egoísmo, sensualidad, apariencias y seguridades. Mediante la **contemplación en el desierto** el Espíritu nos hace fuertes ante la tentación.

Por la purificación entramos en la experiencia del amor verdadero.

*Sentimos la necesidad de **ser iluminados** para que nuestros ojos ciegos se abran a la luz de la fe, superando las tinieblas de la lógica materialista y opaca que nos impide descubrir la luz verdadera y llevar aceite en nuestras lámparas.*

El Espíritu Santo es fuego que nos ilumina en el camino abriéndonos a la

interiorización de la Palabra en la que descubrimos, con meridiana claridad, el proyecto de hijos, hermanos y siervos que Jesús nos propone, consolidando la vocación en una fe adulta, liberadora y creciente.

Por la iluminación entramos en la experiencia de la fe verdadera.

*Sentimos la necesidad de **ser calentados en el corazón** para que nuestros desconciertos y desánimos no nos alejen del seguimiento al Señor. Necesitamos centrar en él nuestros afectos y sentirle peregrino cercano y solidario con nosotros.*

El Espíritu Santo es fuego que calienta nuestro corazón en el camino, ayudándonos a **discernir, desde Jesús y desde la comunidad**, el sentido de los acontecimientos, asumiendo los retos de nuestra vocación con esperanza firme en su presencia entre nosotros.

Por el ardor del Espíritu entramos en la experiencia de la esperanza firme.

*Y siento que una llama me enamora,
me quema y me libera desde dentro;
y graba con sus dedos en mi centro
una imagen de Cristo encantadora;
y escucho una palabra: desde ahora
tú eres Cristo, El en ti, ¡dichoso encuentro!*

*¿En qué realidad personal necesito ser purificado?
¿En que oscuridad necesito ser iluminado?
¿En qué circunstancias mi corazón necesita el calor del
Espíritu?
Oración al respecto.*

EL VIENTO

El viento es el principal colaborador del fuego. La llama necesita el viento para crecer y propagarse.

El viento es otra figura del Espíritu Santo. Aparece constantemente en los textos bíblicos como referencia a la acción creadora y salvadora de Dios.

El Espíritu de Dios se manifiesta como "soplo creador de la vida" (Gn 1,2; Jb 33,4; Sal 104,30). Todo muere y desaparece sin el soplo de Dios (Sal 104,29; Os 13,15; Is 40,7). Especial relieve tiene este simbolismo del soplo divino en la creación del hombre (Gn 2,7).

El Espíritu Santo es el hálito de Dios que vivifica toda la humanidad (Is 42,5; Ez 37,5).

En la vida de Jesús el Espíritu se manifiesta como viento que le empuja a ir al desierto (Mc 1,12), le impulsa a salir a Galilea y a predicar el Reino de Dios.

El viento del Espíritu se manifiesta como “fuerza de Dios” que mueve a Jesús en su misión profética y liberadora y que se manifiesta sobre todo en su resurrección.

El Espíritu desciende en Pentecostés sobre los discípulos como una ruidosa ráfaga de viento impetuoso que llenó toda la casa (Hch 2, 2). Se realiza entonces la promesa de Jesús sobre ellos (Hch 1,8).

A partir de entonces el viento del Espíritu impulsará la misión de toda comunidad. La fuerza de este viento impulsará a los discípulos a ser testigos fieles y universales del Señor en todo el mundo.

El viento del Espíritu es para nosotros impulso y fuerza para **el testimonio y la convocatoria**.

*Nos sentimos con frecuencia tentados de **esconder y privatizar** nuestra experiencia de Dios y el tesoro de nuestra vocación. La hostilidad que experimentamos en la sociedad que nos circunda nos lleva a acobardarnos, pensando que los jóvenes son reacios a los valores del Evangelio. Preferimos adaptar excesivamente nuestro lenguaje, maquillar nuestra identidad, ocultar la vida de la comunidad para sentirnos más aceptados por nosotros mismos, disimulando la referencia explícita al Señor de nuestras vidas.*

El viento del Espíritu nos dará **audacia** para acrecentar la cercanía a los jóvenes, para ingeniarnos en proponer actividades compartidas en las que buscar juntos el sentido profundo de la vida, configurando el corazón desde experiencias solidarias, abiertas explícitamente a la vida y al proyecto de Jesús.

Por el viento del Espíritu nos abrimos a un testimonio de Jesús más audaz.

*Dudamos frecuentemente a la hora de **proponer abiertamente el proyecto de la vocación a otros**. Jesús nos ha dado su Espíritu para salir de nosotros mismos, para ir y convocar a otros a su seguimiento. Sin embargo, a veces desconfiamos que el Espíritu pueda también habitar en el corazón de quienes aparentemente le ignoran, y no sembramos porque creemos que la cosecha no está garantizada.*

El viento del Espíritu nos hace salir de nuestra “comunidad judaizada” para ir, como Pedro, a la casa de Cornelio y experimentar que también en ella habita el impulso de Dios. El Espíritu nos dará fuerza para renovar **los caminos de la convocatoria**. Una convocatoria propia de una fraternidad solidaria, abierta a unas relaciones plurales, afectivas y comprometedoras.

Por el viento del Espíritu nos abrimos a una convocatoria más abierta y decidida.

*Dices que soy manantial y no vienes a beber.
Dices que soy vino gran reserva y no te embriagas.
Dices que soy suave brisa y no abres tus ventanas.*

*Dices que soy luz y sigues entre tinieblas.
Dices que soy aceite perfumado y no te unges.
Dices que soy música y no te oigo cantar.
Dices que soy fuego y sigues frío.*

*Dices que soy fuerza divina y no me utilizas.
Dices que soy abogado y no me dejas defenderte.*

*Dices que soy viento recio y sigues sin moverte.
Dices que soy defensor de los pobres y tú te apartas de ellos.
Dices que soy libertad y no me dejas que te empuje. (Ulibarri, FI.)*

*¿Cómo crecer en audacia para ser testigo?
¿Cómo crecer en creatividad y decisión para convocar a otros?*

Pedirlo al Espíritu

3. Los dones del Espíritu (Gal 5, 22)

Si vivimos por el Espíritu, caminemos en el Espíritu (Gal 5, 25).

Jesús resucitado derrama sobre nosotros su Espíritu (Rom 5, 5; 15,30; Gal 5, 22):

El amor entrañable del Padre que, habitando en nosotros, transforma nuestros corazones, y los configura a su imagen y semejanza como nuevas criaturas (2Cor 5, 17).

Los dones del Espíritu producen en nosotros sublimes movimientos del alma. Nos impulsan a vivir como discípulos del Señor. Son mociones íntimas que hacen nuestros corazones semejantes al corazón de Jesús.

El principal don es **el amor** nuevo: el amor con que Jesús nos ama, manifestado en su acogida a los pobres, enfermos y pecadores, y consumado en la entrega de su muerte (Mc 14, 41).

El amor que sentimos y vivimos hacia los demás procede de esta habitación de Dios en nosotros. Amor universal (Mt 5, 43s), amor samaritano, lleno de compasión y de servicio (Lc 7, 47), amor que posibilita la comunidad y que es anticipo del Reino que viene (1Cor 13, 9.12.13). Este amor es el mayor signo de la presencia de Dios en el mundo. La injusticia, la opresión y la muerte no tienen la última palabra. El Espíritu, que habita en nosotros y nos transforma, es la alianza que Dios establece con el mundo a través de quienes hemos sido salvados.

Ha surgido un nuevo amor encarnado y compasivo, solidario y comprometido, apasionado y fecundo que es esperanza y profecía para los desamparados. Amor ardiente hacia los jóvenes y los pobres que, bajo la iniciativa del Espíritu, nos impulsa a la acción. Amor vigilante y activo que sublima amorosamente nuestra sexualidad, da sentido al trabajo, nos abre al servicio humilde, nos aboca a iniciativas múltiples en nuestra presencia.

Con el amor nuevo, el Espíritu nos concede el don de **la alegría**. La alegría emana de la experiencia del Señor resucitado. Es fruto del evangelio (Lc 19,6), de las acciones liberadoras de Jesús (Lc 13, 17) y del reencuentro con el hermano perdido (Lc 15). La alegría del corazón brota de la certeza del amor de Dios sobre nosotros. Desde esta experiencia, los hermanos son para nosotros máxima alegría (1Tes 2, 20).

La alegría verdadera asume con realismo y esperanza toda la realidad humana. Deber y alegría no han de ir separados. El Espíritu nos impulsa a gritar: *Sal corazón mío y busca la alegría.*

La alegría es profecía del Reino y en él encuentra sus raíces. No se mide por el placer sensible sino por el amor experimentado y entregado. No nace de los sentidos sino del Espíritu (Hch 13, 52; Rom 14, 17). Sólo el Espíritu nos libera de la rutina, del decaimiento, de la tristeza desesperanzada. Los desajustes del corazón nacen de las falsas compensaciones. La acción del Espíritu nos vincula al proyecto de Dios, y nos unifica interiormente. Esta experiencia nos aporta la verdadera paz.

La paz es otro don del Espíritu. Él nos habita como el Dios de la paz. De esta paz derivan las relaciones fraternas y solidarias entre los hombres (Mc 9, 50; Rom 12, 18). Jesús es siempre portador de la paz verdadera (Jn 14, 22). La verdadera paz anida en el corazón (Col 3, 15). La paz del Espíritu no es la paz del mundo (Jn 16, 33). La verdadera paz está siempre vinculada a la búsqueda de la justicia del Reino. Quienes son causantes de injusticia se oponen a la paz del Espíritu y causan división (Lc 12, 51) y guerra contra los intereses de Dios en el mundo.

La paz es don y tarea. *Procurad la paz con todos* (Heb 12, 14). Trabajar por la paz es fuente de felicidad (Mt 5,9). Nos saludamos y abrazamos con el saludo cristiano: *La paz sea con vosotros*. Nos deseamos y nos prometemos la paz interior, la paz en las relaciones fraternas, la paz en el orden social. El saludo de la paz preside nuestras casas, se hace patente en la mesa fraterna y nos prepara a la comunión de la eucaristía.

El amor, la alegría y la paz nos invitan a vivir en **la paciencia**. La paciencia es otro don del Espíritu. Jesús nos manifiesta la paciencia del Padre en el perdón hasta setenta veces siete (Mt 18, 21). La paciencia de Dios está siempre orientada hacia nuestra conversión: *La bondad, paciencia y comprensión de Dios...te quiere llevar a la conversión* (Rom 2, 4). El Espíritu infunde en nosotros la paciencia que nos ayuda a vivir abiertos al perdón entre los hermanos, ejerciendo **la comprensión hacia los otros** que es otro don del Espíritu vinculado a la **bondad y a la mansedumbre**. Estos dones del Espíritu son el fundamento de la vida comunitaria y de la solidaridad hacia los desfavorecidos.

Estos dones espirituales configuran nuestro corazón en la fortaleza y en la perseverancia del amor. No son signos de debilidad sino de fortaleza interior. Para ello el Espíritu nos concede los dones de la **fidelidad y del dominio de nosotros mismos**.

Fidelidad que se alimenta de la fe en el amor y en el proyecto de Dios hacia todos. Dominio de nosotros mismos para no anteponer los intereses egoístas y las pasiones desordenadas al ejercicio de la caridad fraterna y solidaria.

Los dones del Espíritu Santo aparecen significativamente fecundos en la vida y en la conducta de Jesús. Su fidelidad al Padre y su compasión por los perdidos son las coordenadas en las que se mueve su existencia tanto en la encarnación de todo lo humano como en la pasión con que se entrega. Dios mismo mueve a Jesús en un mismo Espíritu que configura su corazón y le lleva por los caminos del Reino.

El seguimiento a Jesús es ante todo una moción del Espíritu, una tarea del corazón abierto y compasivo. Corazón obediente, apasionado y fecundo.

Nuestro corazón, abierto a los dones del Espíritu, no envejece con el tiempo, sino que rejuvenece en la experiencia de un amor desbordante y fiel hacia los hermanos que Dios nos da, hacia los jóvenes y los pobres.

La Palabra interiorizada, la oración contemplativa, la solidaridad con la historia de los oprimidos, nos abren a los dones del Espíritu desde los que configuramos un corazón comunitario, célibe o esponsal, siempre abierto a los caminos nuevos de la presencia activa y significativa.

*Tú, que abogado fiel eres llamado,
del Altísimo don, perenne fuente,
de vida eterna, caridad ferviente,
espiritual unción, fuego sagrado.*

*Tú te infundes al alma en siete dones,
fiel promesa del Padre soberano;
tú eres el dedo de su diestra mano;
tú nos dictas palabras y razones.*

*Ilustra con tu luz nuestros sentidos,
del corazón ahuyenta la tibieza,
haznos vencer la corporal flaqueza
con tu eterna virtud fortalecidos.*

*Examina cómo las vivencias y sentimientos de tu
corazón están configurados por estos dones del
Espíritu.
Haz oración pidiéndole a Dios estos dones del Espíritu.*

4. Vinculados por el Espíritu

Creemos que cada día el Padre nos vincula por el Espíritu en comunidad de hermanos (Credo 8).

Desde la primera hora de nuestra vocación creímos que la comunidad era fruto de la acción del Espíritu entre nosotros. Nadie asume ser hermano de la comunidad si no es por la transformación del propio corazón, a través de los dones del Espíritu anteriormente expuestos.

Pero además, es el mismo Espíritu quien nos impulsa a vivir en su comunión, aceptándonos como hijos del mismo Padre, seguidores de Jesús, hermanos entrañables para servir al evangelio entre los jóvenes y los pobres. Somos conscientes de que Dios nos ha dado hermanos para amarlos y servirlos como sacramentos de su presencia.

La fraternidad está vinculada por el Espíritu. Su vínculo es el **amor nuevo**:

- amor de *bienaventuranza*, alimentado en la oración permanente y en el servicio a los jóvenes y a los pobres;
- amor de *encarnación* que nos lleva a hacer cuerpo de Cristo con el oprimido; amor consolidado en la Palabra y en el Pan;
- amor *contemplativo y luchador*;
- amor *mayor* de servicio humilde y gratuito.

El Espíritu nos libera de todo afán de competencia. Nos libera de sentimientos y juicios adversos. Nos impulsa al respeto mutuo, a la acogida, a la escucha, al perdón y a la permanente apertura a las necesidades de los hermanos. El Espíritu ahuyenta de nosotros todo privilegio que no sea el servicio sin reservas.

Fomenta entre nosotros la comunicación sincera y humilde, la alegría en la convivencia, la tolerancia en la pluralidad, la comprensión en las limitaciones, la compasión en el dolor y en las dificultades. Nos aleja de los juicios humanos, de la acepción de personas, de las pulsiones indebidas. Estimula en nuestros corazones la mirada positiva y los mejores deseos de crecimiento en la vivencia de la vocación.

El Espíritu es el alma de la comunidad. Es la luz de nuestros ojos y el fuego del corazón. Nos reúne en la casa y nos lanza a las afueras. Nos convoca cada noche a la oración por el mundo, y fermenta nuestro pan como don y como cuerpo nuevos.

El Espíritu convierte el amor esponsal de los hermanos en sacramento del amor de Dios al mundo, del amor de Jesús a su Iglesia. El Espíritu enriquece la comunidad con la profecía del amor célibe de hermanas y hermanos. El Espíritu consagra a los hermanos para el ministerio ordenado.

Vinculados *en una misma vida, fe y misión*, la comunidad es una ofrenda al servicio de los jóvenes y de los pobres. El Espíritu no nos segrega sino que *nos hace "pueblo" con ellos y en ellos*.

Vivimos permanentemente bajo esta admirable acción del Espíritu de la que nace toda comunión y todo servicio en y para el Reino.

Por ello, cuidamos que la lógica humana no impida la expansión de esta acción del Espíritu. Cada vez que somos tentados a vivir de "criterios carnales" en nuestras relaciones, cada vez que somos tentados a anteponer nuestros intereses personales a los del Reino..., necesitamos renacer en el Espíritu para recuperar, desde sus dones, nuestra entrañable pertenencia a los hermanos.

*Padre nuestro, tú que nos has llamado a la fraternidad,
dame tu Espíritu para construirla.*

*Dame tu amor para que pueda estar
cercano a "estos" hermanos.
Hazme capaz de dales mi palabra,
mi silencio, mi alegría, mi dolor y toda mi vida.*

*Continúa dándoles tu amor infinito,
que sepan descubrirte en cada nuevo día
y mantenlos firmes en el amor a ti,
a los hermanos y a los jóvenes y a los pobres.
Te doy gracias, Padre,
por sus vidas puestas en ti,
por su entrega
y por su fidelidad diaria.*

*¿Soy consciente de que la fraternidad, que me vincula a los hermanos, es parentesco que nace del Espíritu?
¿Manifiesto mi amor a los hermanos en una convivencia llena de alegría y de servicio humilde?*

5. La fuerza del Espíritu nos lanza a la presencia activa

Estamos expuestos a la debilidad de la condición humana que nos lleva al desgaste, al cansancio y al acomodamiento. Nuestras posibilidades son limitadas, y la experiencia de nuestra incapacidad, para luchar por la justicia, nos puede llevar al desánimo y a la resignación pesimista.

Pero nuestros corazones han de seguir *fraguados en la síntesis entre lucha y contemplación* (Credo 7). La lucha nos cansa, pero la contemplación nos recupera. La contemplación es la gran tarea del hombre y de la mujer comprometidos. Es la lanzadera del Espíritu, el trampolín de su salida, la antesala de la presencia.

Desde el principio de nuestra aventura Adsis entendimos que la encarnación en la historia va siempre acompañada de la contemplación. Encarnación y contemplación son hermanas gemelas con reclamos de alteridad inseparables.

¿Cómo hacernos, con la edad, más y más contemplativos? ¿Cómo educar a los hermanos jóvenes a forjar su corazón en las intimidades de la contemplación amorosa? Es preciso arraigar en nuestras almas la robusta convicción de que antes de dar a luz es necesario estar preñados de vida intensa, gestada en las entrañas de la contemplación amorosa. Esta convicción nace de nuestra fe vocacional: *En ésta (la contemplación), la fuerza del Espíritu nos lanza, desnudos de egoísmos, a la presencia activa en la realidad humana, previamente asumida* (Credo 7).

Esta convicción se arraiga con la experiencia cultivada de los variados ejercicios de contemplación:

- asomarnos a los balcones del mundo y de la historia,
- recorrer las calles con los ojos del corazón creyente,
- acoger a las personas con los mejores sentimientos de misericordia y respeto,
- descubrir en los servicios humildes la exaltación de la dignidad y de la gloria verdaderas,
- abrir los ojos del alma al misterio de la encarnación y de la pasión del Señor,
- hacer resonar su Palabra en los lugares más recónditos del corazón y en los avatares conflictivos de nuestra existencia,
- sentir su llamada como fuego inextinguible en nuestras entrañas.

La contemplación no conduce al repliegue ni al intimismo. Nos lanza por la fuerza del Espíritu a la *presencia activa*.

Desnudos de egoísmos nos lanza. Porque la contemplación es crisol de los sentimientos y de los valores del corazón. Nos hace salir de nosotros mismos para *descubrir el verdadero rostro del hombre, su vida, su trágica búsqueda e insatisfacción, la opresión indecible de tantas esclavitudes y vicios*

personales y sociales. La contemplación es la fuente de la autotranscendencia, la fuente del encuentro con el Otro y con los otros.

En la contemplación, el egoísmo se va diluyendo como el hielo en el fuego. En la contemplación, la debilidad y el escapismo son ahuyentados por la fuerza del Espíritu que *nos lanza*.

Nos lanza a la *presencia activa en la realidad humana, previamente asumida*. El Espíritu actúa en nosotros como un *impulso* (Credo 1) interior que surge en nosotros, provocado por la dialéctica vital entre la historia asumida de los jóvenes y de los pobres y la Palabra de Jesús interiorizada y vivida en la oración contemplativa. La presencia activa, surgida por el lanzamiento del Espíritu, necesita, no solo la contemplación, sino también asumir la realidad de la injusticia y del pecado. Asumimos la realidad sintiendo *sufrimiento de tanta miseria y la experiencia de nuestra incapacidad* (Credo 1).

Abiertos a Dios y vinculados en comunidad de hermanos, nos sentimos fuertes por el viento y el fuego del Espíritu. Entonces, como los profetas y los apóstoles, salimos a los caminos para ser portadores de la oferta compasiva y solidaria de Jesús. Surgen entonces tantas iniciativas de convocatoria y de servicio que son fruto de un dinamismo renovado en las comunidades.

Por la fuerza del Espíritu vivimos siempre tiempos nuevos que son tiempos de Dios, tiempos pascuales en los que el Señor resucitado nos hace audaces, mientras caminamos a su encuentro con esperanza inquebrantable.

*Recibir el don de Dios
en comunidad de hermanos
significa trabajar
codo a codo, mano a mano.*

*Por el paisaje de humo, la luz reveladora
del Espíritu inunda nuestro invierno.
Vive, nos da conciencia de ser luz,
adensa nuestro palpito, nos hace
cárcel de su locura,
nos llama: hijos.*

*Te alabamos, Señor,
atravesaste nuestra noche.
Anochece cuando entraste en nuestro silencio.
Brilló por un instante el hombre,
el amor, la justicia.*

*En un giro del alba donde habita el Espíritu,
hay trabajo y justicia para todos,
zapatos de agua verde para esperar el Reino,
y que los hombres codo a codo,
mano a mano,
desentierren la miel de tu promesa.*

*En un giro del alba
hoy ha vuelto a nacer
el hombre y Dios. (Gloria Lima).*

¿Es la contemplación la fragua del compromiso por la justicia a favor de los pobres y de la convocatoria entre los jóvenes?
¿Qué relación existe en mi vivencia interior entre la historia asumida y la oración contemplativa?

José Luis Pérez Álvarez
Pentecostés 2009.